

Formas de contar, formas de pensar

Josep Borrell Fontelles
Presidente de la Comisión
de Desarrollo del
Parlamento Europeo



Si la amenaza terrorista se agravase, las medidas de seguridad en los aeropuertos serían más estrictas. Y el gasto en más vigilantes y en mejores detectores haría crecer el PIB, ese omnipresente indicador que mide el éxito o fracaso de los gobiernos.

Pero nuestro bienestar no habría aumentado, más bien al contrario. Este es uno de los muchos ejemplos que muestran las cada vez más graves limitaciones de los sistemas de Contabilidad Nacional que utilizamos para medir el progreso y el bienestar.

Estos sistemas se crearon después de la II Guerra Mundial en un mundo condicionado por la reconstrucción y una fuerte aspiración al progreso material. Son necesarios para comprender los equilibrios macroeconómicos y fiscales, los márgenes de maniobra de las políticas públicas y para hacer comparaciones internacionales. Pero su uso ha sido abusivo en el debate político, convirtiendo al crecimiento del PIB en la única referencia del progreso cuando realmente no contiene información suficiente para ello.

En realidad, el Producto Interior Bruto de un país es sólo un indicador parcial de su "activismo" económico. Sólo contabiliza el producto de las actividades que generan flujos monetarios sin tomar en consideración su naturaleza, (y no es lo mismo producir placas solares que minas antipersonal) ni la equidad de su distribución, ni los daños ecológicos. Deja fuera todas las actividades no retribuidas monetariamente, como el trabajo doméstico, y no computa la destrucción de *stocks* de bienes naturales. Por ello, un verano con muchos incendios forestales aumenta el PIB, porque "activa" horas de trabajo y consumo de materiales en su extinción y en cambio no computamos el bosque destruido.

Por otra parte, el PIB mide la renta producida en un país, que puede ser muy distinta de la percibida por su población, ya que, por ejemplo, incluye los beneficios que las multinacionales repatrian a sus países de origen y que no se quedan donde han sido generados. Irlanda es un caso extremo de esta anomalía, ya que los beneficios repatriados por las multinacionales instaladas en la isla representan el trece por ciento del PIB. Claro que para esta clase de deficiencias conceptuales hay remedios inventados, como el cálculo del producto interior neto que tiene en cuenta transferencias

y amortizaciones. Pero la fuerza de la costumbre hace que sigamos usando el PIB que es lo que permite a Irlanda aparecer, contra toda lógica económica, como el segundo país más rico de la Unión Europea.

Además, el PIB ignora numerosos elementos que determinan las condiciones de vida pero de difícil cuantificación. Así los problemas ecológicos derivados del crecimiento no son en ningún momento cuantificados y descontados del PIB. Imaginemos cuan diferente sería el PIB chino si se le descontase los problemas que está causando en términos de contaminación y salud laboral.

Cualquier indicador que se aleje de sumar bienes finales valorados a su precio de mercado tendrá una legitimidad que no será sólo científica, sino política, porque incorporará preferencias y elementos de subjetividad.

Por ello, el Presidente francés Nicolás Sarkozy ha pedido a Joseph Stiglitz y a Amartya Sen que hagan propuestas para medir mejor el progreso y el bienestar que, por encima de un cierto nivel, aparecen cada vez menos relacionados con el PIB.

Así, los estudios disponibles indican que por encima de 15.000 dólares de PIB *per capita* anual, medido en paridad de poder de compra (unos 30 países), no existe ninguna correlación con la satisfacción sobre la forma de vida expresada en las encuestas.

Lo mismo puede decirse de la esperanza de vida o las tasas de escolarización, con una fuerte correlación con el PIB hasta un valor (18.000 y 12.000 dólares respectivamente) pero ninguna por encima de esos valores.

El último informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) lo dice claramente: "la creación de riqueza económica no puede asimilarse al progreso humano". Y eso es especialmente cierto en un contexto de degradación ecológica y de cambio climático, una gigantesca externalidad negativa que el mercado no tiene en cuenta y que la contabilidad del PIB no refleja y que, sin embargo, va a condicionar todos nuestros sistemas de producción y consumo.

Por ello, los efectos del crecimiento pasado pesan en las posibilidades futuras de progreso humano, especialmente sobre el cuarenta por ciento de los más pobres.

Estos efectos han empezado a sentirse en la grave crisis alimentaria que nos afecta y que nadie ha visto venir. El problema que se nos plantea es cómo alimentar al

cincuenta por ciento más de seres humanos, reduciendo a la vez un cincuenta por ciento las emisiones de CO₂. No será posible sin un drástico cambio en las formas de vida occidentales que no son extensibles al resto del planeta. Y ello implica concebir y medir de otra forma el progreso personal y social.

Por ello, otros indicadores se están abriendo camino en la literatura científica y en el debate político. El más conocido es sin duda el Indicador de Desarrollo Humano del PNUD que se calcula de forma regular para todos los países del mundo. Hay otros más ricos en detalle

pero de menor extensión geográfica. Pero todos se enfrentan al problema de agregar dimensiones heterogéneas según ponderaciones que son siempre discutibles.

Uno de ellos es el Indicador de Progreso calculado en EEUU, que tiene en cuenta el desgaste ambiental y los costes sociales del desempleo, los accidentes y la delincuencia. Discutible en su metodología,

lo significativo es que ese índice no ha mejorado en los últimos veinte años, mientras que el PIB *per capita* se ha multiplicado por 2,5 en ese periodo.

Otro camino es ampliar la metodología de la contabilidad nacional, añadiendo y quitando distintos elementos al PIB. El problema es entonces la valoración económica de esos elementos cuando no tienen precio de mercado. En realidad durante muchos años el PIB no incluía los servicios prestados por las administraciones públicas hasta que estos se incorporaron a su coste de producción.

Lo importante es darse cuenta de que cualquier indicador que se aleje de sumar bienes finales valorados a su precio de mercado, tendrá una legitimidad que no podrá ser sólo científica sino política, porque incorporará inevitablemente elementos de subjetividad que expresará preferencias y deberá ser objeto de debate.

Esa es una buena noticia para la democracia, porque reequilibrará una forma de pensar el mundo dominada por sistemas de cálculo monetarios y financieros y reducirán el uso abusivo del crecimiento del PIB como eje unidimensional de medición del progreso.

Algo tan necesario como difícil. No por las inevitables convenciones de cálculo, a fin de cuentas el cálculo del PIB está lleno de ellas, sino porque obligará a distinguir valores y precios. Algo que según Machado sólo los necios confunden, pero que en nuestras sociedades ultramercantilizadas es más difícil de lo que el bueno de don Antonio imaginaba... **TEMAS**